

LUÍS ESTRAGUÉS CARRATALÀ



CASO JAULA.  
El viaje nunca soñado



1

I

*18:30 horas*

*Marta*

—¿Estás seguro de que nos lo podemos permitir? —le pregunté a mi esposo, mientras subíamos por las escaleras de la parte central del barco.

—Sí, Marta. Me han dado facilidades de pago en varios meses. Ni mi salario de sargento ni el tuyo de administrativa llegan para tanto. Es un crucero de lujo. Nada de todo incluido ni de barcos masificados. Quería algo exclusivo para estas vacaciones, y celebrar nuestro vigésimo aniversario de una forma especial.

—Ya me gusta, Juan, pero esto lo podíamos haber hecho mejor para las bodas de plata.

—Para ese momento, ya haremos otra cosa. Hay que disfrutar el presente. No dejes que todo este lujo te impresione, cariño. Son personas como todo el mundo.

—Como todo el mundo, no. Con mucho más dinero —maticé.

Seguimos por el largo suelo enmoquetado rojo del pasillo izquierdo, con una hilera de puertas seguidas a nuestra izquierda. Juan iba consultando el plano que nos habían dado en la recepción de la planta 5.

—Ya estamos en la cubierta 8. El camarote 8001 está al final del pasillo.

—Es aquel, Juan, el de la parte central derecha del vestíbulo de proa.

Acercó la tarjeta de contacto al detector plano ubicado en la puerta y la luz roja se tornó verde. Seguidamente, accionó la manilla.

Lo primero que hicimos al entrar fue dejar las dos pequeñas maletas de cabina cerca de la puerta.

—¿Echamos un rápido vistazo a la habitación?

—No hay tiempo, si quieres ver cómo zarpa.

—Sí, ya son casi las siete de la tarde. ¿Ves cómo llegábamos bien? Tú siempre con las mismas prisas para todo. Relájate, hombre, que estamos de vacaciones.

—Preferiría haber venido con más tiempo, sin prisas. Para ver la salida del puerto, podemos ir a la cubierta 12. Según indica el plano, está al aire libre. Tendremos una visión lateral del puerto.

Fuimos de prisa hacia allí.

Llegamos justo a tiempo de ver cómo los operarios portuarios soltaban los dos grandes amarres que sujetaban a aquella ciudad flotante al muelle.

Notamos cómo los motores del barco se ponían en marcha y seguidamente, este se movía lateralmente para alejarse un poco de su lugar de atraque, antes de emprender la marcha hacia adelante.

Había mucha gente despidiéndose de sus familiares y amigos. Nosotros saludamos igualmente, a pesar de que no teníamos a nadie allí. Nuestros dos hijos no pudieron venir a vernos por razón de trabajo.

El barco zarpó unos diez minutos después de su hora prevista, recorriendo lentamente todas las atarazanas del puerto hasta que, aproximadamente quince minutos después, enfilaba la costa barcelonesa, en dirección a nuestra primera parada en ese crucero de dos semanas: el puerto de Alicante.

II

20:00 horas

*Juan*

Después de consultar una cuestión de nuestra estancia en la recepción de la cubierta 5, se nos planteó la duda de dónde cenar. Yo quería ir a uno de los lujosos restaurantes del barco, pero mi mujer tenía otra idea muy distinta.

—Dejémoslo para otro momento, Juan. Estoy hecha polvo. Quiero comer cualquier cosa e irme a dormir pronto. Tú has tenido libre hoy, pero yo he trabajado todo el día y me he levantado temprano. ¿Te parece que vayamos a tomar algo rápido al bar de la piscina que hemos visto antes?

Subimos de nuevo desde la recepción hasta la cubierta 12, esta vez por las escaleras de popa, y salimos a la terraza-café que había en aquella cubierta al aire libre.

Era un bar con barra semicircular techada y, enfrente de esta y por los laterales, una zona descubierta con mesas y sillas.

Seguimos el pasillo lateral por estribor, y Marta ocupó un asiento en una de las mesitas redondas para dos de aquella zona.

Yo fui a pedir la consumición al bar, situado frente a una gran piscina rectangular rodeada de un solárium con tumbonas, dos pequeños spa adosados a ella y un par de restaurantes.

Desde allí, la vista era espectacular. Aunque supuse que el barco iría rápido, daba la impresión de que avanzara despacio.

Me paré unos instantes para ver cómo despegaba un avión desde el Aeropuerto de El Prat. Luego seguí camino hacia el bar.

Enseguida, a lo lejos, me llamó la atención una pareja que estaba sentada en una de las mesas cerca de la barra, en el lado de babor.

Principalmente me fijé en ella: una rubia cincuentona muy bien vestida, con ropa de marca y un par de grandes tetas. Estaba tremenda.

Él, un hombre unos cuantos años más joven que ella, sobre la mitad de la cuarentena. Echaban unas risas por algo en voz alta.

Al llegar a su altura, bajé el ritmo de mi paso a propósito para observarla bien.

—¿En tu casa de Fort Lauderdale? —le preguntó el fortachón trajeado, justo en el momento en que pasaba yo.

La cincuentona y yo cruzamos las miradas. Le di un repaso de arriba abajo. Estaban inmersos en su conversación, pero ella también me miró.

—Sí, para unos 80 —tardó un poco en responder aquella mujer, ya a mis espaldas.

Retuve varios detalles, fruto de mi experiencia en peritajes de marcas y patentes, y de la observación policial. Él, bien vestido, con traje de tela fina y corbata azul marino a juego sobre camisa blanca, todo ello sin marca, con unos zapatos negros de cordones de *polipiel* baratos y acabados en punta, y un pin en la solapa izquierda del traje. Ella, un vestido y un bolso de piel de una prestigiosa marca, cuyo valor rondaba los 1.200 € cada uno. Su olor me era conocido de cuando analizo imitaciones de colonias para su peritaje judicial: la fragancia de uno de los perfumes originales de mujer más caros del mercado, una edición limitada a razón de unos 1.100 € la pequeña botella de 7,5 ml.

Por el trozo de conversación que había escuchado, una casa de lujo en Fort Lauderdale, en la costa de Florida, puede costar en torno a un millón cuatrocientos mil dólares. Probablemente, estaban hablando de organizar alguna comida para unos 80 comensales.

Utilicé todos aquellos flashes para reconstruir una visión aproximada de ellos: «una ricachona con su escolta personal», pensé.

Todos los de aquel barco serían gente adinerada, políticos, banqueros, empresarios, profesionales liberales... pero aquella mujer estaba en una categoría superior, parecía tener un nivel especial.

Además, si un perfume dice muchas cosas de quien lo lleva, este era un aroma explosivo, fuerte, único, con carácter, sensual, raro, inimitable.

Me había dejado un poco impactado. «Una mujer muy interesante», pensé.

Inconscientemente, deseé conocerla. No para ligar con ella, sino simplemente por curiosidad, para saber más de su personalidad.

¿Quién sería? ¿Una alta ejecutiva de una gran empresa? ¿La mujer de un político? ¿O, simplemente, una soltera ricachona que viajaba sola?

En el bar de la piscina me atendió un camarero muy amable, vestido elegantemente con pantalón, chaleco y corbata a juego, todo de color marrón oscuro, y debajo una camisa blanca de manga larga. Al parecer, era el uniforme de aquella compañía para los empleados de la hostelería.

Observé que llevaba el traje bastante arrugado. Tenía la camisa pegada al cuerpo y sudor en la frente. «Habrà tenido mucho trabajo», pensé.

—¿Javier? —le pedí, mirando la plaquita rectangular pinchada en su chaleco.

—Javier Romero, para servirle.

Le noté la voz un poco entrecortada por el cansancio.

—Por tu acento, andaluz, ¿no?

—Sí, de Córdoba, señor.

Le pedí un par de cervezas y unas tapas para compartir. Al servirme las dos bebidas, vi cómo una gran mancha de sudor se le marcaba en la zona de sus axilas.

Esperé unos minutos a que salieran los dos platos. Primero traje las bravas, pero al ponerme el plato de chocos, me fijé en que en el puño derecho de su camisa blanca había una pequeña mancha de sangre.

«Se habrá cortado y con el excesivo trabajo, no habrá podido cambiarse de camisa», pensé.

Era un detalle minúsculo y a mí me daba igual, porque yo soy una persona sencilla; pero en un barco de gran lujo, donde hay pasajeros que buscan el máximo refinamiento en la atención, alguno podía acabar reprochándoselo. Así que, por su bien, se lo dije, empleando el máximo tacto posible.

—Gracias, señor. No me había dado cuenta. Ahora mismito iré a cambiarme.

Ya con Marta, allí sentado, también tenía visión de aquella enigmática pareja.

Cuando nosotros empezamos con el tapeo, la conversación de ellos, por sus gestos, derivó en una discusión. No sabía qué decían, desde mi posición no alcanzaba a escucharlos.

La cincuentona se cabreó, se levantó de golpe y se marchó. El hombre la siguió.

Estaba más pendiente de aquello que de mi mujer. Ella se dio cuenta y me lo recriminó.

Javier desapareció unos veinte minutos, siendo relevado momentáneamente por un compañero, y volvió luego mínimamente aseado y con una camisa limpia.

Una media hora más tarde de nuestra llegada a aquella cubierta, vi que se acercaba a la barra un tipo muy estirado y con cara larga, con su impecable uniforme de camisa blanca y pantalón azul marino, con corbata a juego con el pantalón, zapatos negros relucientes y sus galones con una tira de color marrón oscuro y una letra «S» naranja dentro de un círculo también marrón.

Se puso a hablar con Javier.

—¿Quién es? —preguntó mi esposa.

—Es el oficial de seguridad, el responsable de la seguridad integral de los pasajeros durante la navegación. Después del capitán, es la segunda autoridad a bordo, por delante incluso del primer oficial.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Por los galones de su uniforme.

—¿No me dirás que te los has estudiado todos antes de embarcar?

Asentí con un gesto.

—Tú estás un poco mal de la cabeza, Juan. Venimos aquí de vacaciones, a relajarnos, no a empaparnos de cabo a rabo de la vida a bordo.

—Ya lo sé, pero tendremos que relacionarnos con la gente, ¿no? Por eso me lo he mirado un poco. ¿Cómo lo vamos a hacer, si no sabes con quién estás hablando?

—Pues muy fácil. Se lo preguntas y ya está, como has hecho con el camarero. ¿No puedes dejar de ser policía ni estando de vacaciones?

—Sí, ya lo intento, pero no es tan fácil. No puedo parar la máquina de pensar de golpe —le dije, señalándome la sien con el dedo índice.

—¿La máquina de pensar?

—¡Ja, ja, ja, ja! —nos reímos los dos al unísono. Hasta me atraganté con una de las patatas bravas de la tapa y me puse a toser.

—Juan, ya no puedo más. Tengo ganas de acostarme.

—Ahora nos vamos, cariño.

Le llevé los vasos y los platitos de la consumición al camarero.

Cuando se los dejé encima de la barra, tras agradecermelo, al ir a cogerlos, no sé qué hizo que los tocó mal y se le cayeron al suelo, rompiéndose. Lo notaba un poco nervioso.

Reculé para ayudarlo.

—No se moleste, señor. Gracias. Ya lo recojo yo.

Aproveché para preguntarle una cosa que necesitaba.

—No es molestia. Oye, Javier, en una hora más o menos empieza un programa de rugby. ¿Lo podría ver aquí?

—No. El bar de la piscina se cierra a las 22 horas. Si quiere ver la tele, puede hacerlo en su camarote o en el salón común de la cubierta 5, al lado de la recepción.

—En el camarote no puedo. Mi mujer se va a dormir y no quiero molestarla.

—Perdóneme una pregunta que me ronda por la cabeza desde hace un rato, ya desde que le he visto. ¿Es usted de la Policía Científica esa, no?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Le he visto en la tele varias veces. ¿Cómo se llamaba aquel caso de la prostituta desaparecida?

—*Caso Retícula.*

—Eso. *Retícula.* Ahí salió mucho, hablando. Ya me acuerdo. Iba con su mono blanco, mascarilla y peúcos azules. Son para no dejar huellas, ¿verdad?

—Sí, Javier. Vestimenta para no contaminar la escena. Me llamo Juan Andrade —me presenté, dándole la mano.

Me fijé en que le temblaba el pulso, mientras le servía un cóctel a otro pasajero. Aunque con muy buena disposición, lo noté un poco decaído y nervioso, como preocupado por algún tema.